



"...y de las calles ascienden rumores más profundos y prolongados que los truenos del Monte Sinaí".

"Las plazas no tienen bancos porque aquí nadie se sienta, nadie descansa, nadie se detiene..."

DICEN los brasileños que Río de Janeiro es la ciudad-mujer y São Paulo la ciudad-hombre. Ambas ciudades poseen distintas conformaciones físicas, distintas

SAO PABLO, LA COSMOPOLIS DEL CAFE

**La fragancia
fresca que
persiste
más**



**Ud. puede comprobarlo
fácilmente**

Ponga unas gotas de Lavanda Kroy en su pañuelo, en sus prendas personales y después de 24 horas aspire su fragancia. Verá que persistente, exquisita y fresca! igual que en la primera hora. ¡Lleve Lavanda Kroy y llevará con Ud. la fragancia de un campo de alhucemas en flor!

*Elaborada con finísimas
esencias importadas.*

COLONIA LAVANDA

KROY

*el aroma favorito
de ayer y de hoy*

aimas y distintos destinos que hacen pensar, en verdad, en una nueva Eva y en un nuevo Adán puestos en un cálido y moderno paraíso terrenal para unir lo que los mortales desunieron y para juntar lo que las civilizaciones desperdigaron por todo el planeta.

Río de Janeiro es el diálogo entre la naturaleza y el hombre; São Paulo, el coloquio entre el hombre y la técnica.

Río es una ciudad consumidora, coqueta y femenina; São Paulo es una ciudad productora, austera y viril.

Río combina la geografía física con la geografía humana para realizar, en un escenario bellísimo, una síntesis armoniosa; São Paulo devora a la geografía física con la geografía humana para imponer en el paisaje una cosmópolis arquitectónica.

Río se apretuja y tiende sus nódulos, semejante a una célula nerviosa, entre las montañas, la bahía, el pantano, la restinga y el Atlántico; São Paulo se dilata, igual que una amiba gigantesca, en una altiplanicie mediterránea, de suave relieve, sin

tragedias fisiográficas, accesible en todos sus sectores.

Los cariocas que huyen del verano se encaraman en las ciudades serranas de Petrópolis, Tedesópolis o Nova Friburgo. Allí el clima no castiga con el látigo ardiente que el estío hace restallar en las tierras bajas. Pero en São Paulo se disfruta siempre de un clima temperado que no obliga a cumplir con la dorada y jubilosa siesta de la Guanabara y que incita a la vigilia de las horas tensas, al esfuerzo de las jornadas musculares.

En Río de Janeiro la matriz del continente negro ha volcado su carga camítica sobre el regazo lusitano; en São Paulo, Asia, Europa y América han convergido para mezclar sus sangres en una probeta de civilización ecuménica.

Allá, en la bahía tropical, triunfan el canto del hombre, el colorido de la fiesta, la línea plástica, la mancha melódica.

Aquí, en el planalto, imperan la máquina monocorde, el gesto sobrio, la prisa rubia, el perfil del rascacielos.

São Paulo nace en 1554, junto al río Tieté, como una reducción jesuítica encargada de catequizar al indio de esas regiones.

Posee una situación excepcional: una alta meseta, vestida con delantales de lluvias y beneficiada por largos meses de frescura, recibe por el oeste las abras de la escarpada Serra de Mantiqueira y por el este descende en suaves escalones hacia el mar, en cuyas orillas aguarda el puerto de Santos un afiebrado y torrencial destino.

Los hombres que pueblan inicialmente a São Paulo son los *bardeirantes*, los desbravadores del interior lejano, los exploradores del *mato*, del *sertão*, de los ríos, de las praderas dilatadas y riesgosas que abren sus abanicos herbáceos en medio de las soledades del continente.

Pierre Deffontaines dice que Río fué una ciudad terminal: a ella llegaban los europeos para aposentarse y los africanos para servir a sus señores coloniales. São Paulo, al contrario, fué una ciudad inicial, una ciudad de gente inquieta, de carava-



"El nomada urbano tripula ascensores, enhebra túneles, hiende la multitud de las aceras, visita los cambios, vocifera en la Bolsa..."



"São Paulo está ubicada en una alta meseta vestida con delantales de lluvias y beneficiada por largos meses de frescura..."

nas exploradoras y saqueadoras que revolvan las vísceras de las florestas húmedas y las arduas entrañas de las sierras en busca de oro, de indios para el cautiverio y de piedras preciosas. Y ese doble estilo, el estático y el dinámico, el de la contemplación carioca y el de la aventura paulista, se ha conservado a lo largo de los siglos.

Cuando el café hizo su irrupción en el ámbito estadual la languideciente ciudad de São Paulo salta, de 25.000 habitantes en 1870 a 70.000 en 1890, y desde entonces comienza una carrera fabulosa, una progresión geométrica que desorienta a los estadígrafos y sobrecoge a la demografía.

Hoy São Paulo posee dos millones y medio de almas y no puede calcularse a lo que llegará dentro de cinco lustros, porque São Paulo entra en la categoría de los prodigios.

La cosmópolis del café es la ciudad del excesor. Cambia día tras día de fisonomía; incesantemente se transforma y se auto-fecunda como una inmersa flor hermafrodita. De su pasado nada queda. El humilde edificio colonial cedió su puesto al rascacielos. La mole de diez pisos, orgullo de 1930, es atacada por las máquinas demoledoras y sobre sus ruinas surge un palacio de treinta pisos, macizo, elegante, audaz y transitorio. Transitorio, sí, porque dentro de pocos decenios ese centro de São Paulo, que hoy es una selva de sequoias de cemento armado, que es una guardia suiza de gigantes niveos y vertiginosos, se habrá metamorfoseado en una visión de otro mundo, en una pesadilla de colosos de cien o más pisos proclamando la egregia estatura de la ambición paulistana.

São Paulo es la ciudad industrial y comercial por excelencia. Una inmigración emprendedora, huyendo del sopor de la costa y del enquistamiento de la sierra, halló en la meseta un clima ideal y un anfiteatro topográfico incomparable para instalarse y prosperar sin trabas. En las bambalinas estaba el café y São Paulo levantaba su voz de barítono impetuoso en un escenario de encrucijadas: el Brasil interior debía salir por su emplazamiento y un puerto óptimo, el de Santos, aguardaba sus productos y los del *hinterland* próximo y remoto.

La cintura humeante de São Paulo de almena de chimeneas, se eriza de fábricas, se constela de plantas industriales. El centro, por su parte, está colmado de oficinas públicas, de escritorios privados que ocupan palacios babilónicos, de hoteles más altos que el Faro de Alejandría, de rotativos que se imprimen en edificios más suntuosos que las pagodas orientales, y de las calles ascienden rumores más profundos y prolongados que los truenos del Monte Sinaí.

La periferia, en fin, sede de las residencias de los grandes industriales, se puebla de jardines, de paisajes sabiamente ingeniosos — sofisticados, como diría un americano del norte — de viviendas bellas, extrañas, luminosas, construidas con materiales de colores abigarrados pero no detonantes, adaptadas al ambiente por medio de sorpresivas soluciones. Yo me imagino el goce que deben sentir los arquitectos en São Paulo. Porque la ciudad entera y



"Los 'bandeirantes' fueron los desbravadores del interior lejano, los exploradores del 'mato', del 'sertão', de los ríos, de las praderas dilatadas..."

sus alrededores son un campo experimental de todas las teorías, de todas las innovaciones, de todas las posibilidades para el *habitat humano*.

Pero a pesar de su inquietud y de sus urgentes masas edilicias São Paulo no da la idea de un cuerpo orgánico, cerrado, trabado, armonizado. São Paulo está en vías de ser. No me animo a predecir hasta cuando proseguirá esta carrera fantástica. La ciudad se ve crecer bajo nuestras miradas; nuevas calles se abren en semanas; en el plexo más denso de la urbe surge de pronto un baldío artificial de dos o tres hectáreas, y a los pocos días miles y miles de obreiros comienzan a montar sobre el mismo las estructuras de un nuevo Goliat fulminante y perentorio.

Los alrededores traducen igualmente esa efervescencia, ese sucederse de alumbramientos repentinos. Por doquiera se nivelan autopistas, se desmontan barrancos y se tiegan hondonadas; brotan fábricas ululantes, usinas enormes, carapachos dentados de talleres, y la *terra roxa* desaparece palmo a palmo bajo los voraces pseudopodios de la ciudad tentacular. Tentacular por su forma y tentacular por su vocación. Porque todos los hombres emprendedores del mundo y del Brasil emigran a São Paulo llamados por el zumbido de su abeja laboriosa. Y así vemos a los japoneses y armenios, a los italianos y libaneses, a los alemanes y españoles, a los brasileños del norte, a los brasileños del sur y a los brasileños del centro, darse cita universal en las rúas, discutir en los directorios y atravesar febrilmente las plazas que no tienen bancos porque aquí nadie se sienta, nadie descansa, nadie se detiene. El espíritu demoníaco de la ciudad se adueña de los habitantes. El nómada prehistórico es sustituido por el nómada urbano que tripula ascensores, que enhebra túneles, que hierde la multitud de las aceras, que visita los bancos, que vocifera en la Bolsa y que luego se fuga raudamente hacia sus madrigueras lujosas del perímetro. Y al día siguiente, el nómada retornará al juego crematístico de la horda dorada de los nuevos Tamerlanes que conquistan a la vez los miradores del cielo y las divisas del comercio exterior.

"Paulistano, siéntase orgulloso de su ciudad", es el slogan que se lee en las bases de los edificios que inician su cruzada hacia las nubes.

"Paulistano, edifique y engrandezca a su ciudad", reza otra conminación que decora los carteles de la urgencia y que estimula a los millonarios de esta nueva Babel donde todos se entienden, para adueñarse del espacio y del tiempo con su megalópolis sinfónica y con sus *bandeiras* económicas y financieras.

¿Adónde va São Paulo? Los hombres la han construido pero los hombres ya no pueden contestar. Se repite la leyenda goiana del aprendiz de brujo. São Paulo es

una entelequia, una de las siete maravillas dinámicas de la civilización contemporánea. El pasado no existe para esta ciudad. El presente se convierte en pasado a cada instante, como la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal al volver el rostro hacia Gomorra. Su única dimensión posible es el futuro. Pero un futuro que escapa a toda previsión, a toda ley, a todo cálculo de probabilidades: un futuro ubicado en el verso de Heisenberg.

São Paulo es el símbolo de una aventura infinita, la huella progresiva y premiosa del afán humano en la roja mejilla de un continente joven, la cicatriz de la civilización que cierra las heridas de la naturaleza e inaugura el reinado de la técnica.

Tal vez nuestros nietos comiencen a comprender el sentido de este mundo que nace.

Porque yo, al contemplar perplejo la prisa paulistana, me acordé de la frase de unos cicerones indígenas del Amazonas. Como la expedición que guiaban había avanzado a través de la selva con singular celeridad, al séptimo día, el del descanso, los Virgilio del infierno verde se negaron a proseguir. "Hemos ido demasiado rápido, dijeron. Debemos aguardar que las almas se reúnan con los cuerpos".

¿No tendrá que detenerse un día São Paulo para esperar el reencuentro con su alma? —No tendremos los hombres que sofrenar nuestra carrera ultrasónica y volver los ojos hacia el olvidado espíritu?

Pero a estas preguntas sólo podrá responderlas la próxima generación.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



"Paulistano, siéntase orgulloso de su ciudad", es el slogan que se lee en la base de los edificios que inician su cruzada hacia las nubes".



"El centro está colmado de oficinas públicas, de escritorios privados que ocupan palacios babilónicos, de hoteles más altos que el Faro de Alejandría, de rotativos que se imprimen en edificios más suntuosos que las pagodas orientales..."